

XVIII

Las horas de mayor angustia de Juárez

Aun estaba el águila en el nido.

El hombre que más tarde había de culminar en nuestra historia como salvador de nuestra segunda independencia, era un chiquillo que hablaba en idioma zapoteco y vivía en la humildísima cabaña donde pobre é ignorado naciera.

Cerca de su jacal se extendía un lago que retrataba el diáfano y azul cielo que cobija la sierra de Ixtlán en el Estado de Oaxaca.

En el lago, adherido á la orilla, surgía un carrizal, donde el niño indio cortaba las cañas, y algunas tardes se entretenía en arrancarles, para arrojarlas al agua, las verdes y carnudas hojas.

Alguna vez se internó en el macizo de verdura, tratando con infantil codicia de cortar la caña más larga y más delgada que cautivó sus ojos.

El carrizal yacía sobre una gruesa capa de tierra y era movable como las antiguas chinampas de que nos hablan los historiadores.

Divertíase el chicuelo en tronchar el carrizo que más le gustaba, cuando uno de esos vientos huracanados que sacuden los pinos en las serranías agrestes, empujó aquella chinampa hacia el centro del lago, con tal velocidad que, cuando el niño quiso librarse del peligro y saltar en tierra, le fué imposible porque ya se encontraba muy lejos de la orilla.

* * *

Midió con sus ojos brillantes y negros la inmensa distancia, y convencido de que todo esfuerzo para salir de su extraña barca era inútil, siguió con estoica indiferencia arrancando una tras otra las verdes hojas de la caña codiciada.

El viento, cada vez más fuerte, impelió la chinampa hasta el lejano y opuesto lado de aquella laguna; pero allí era imposible bajarse, porque sólo había pantanos inmensos.

Caía la tarde, y desde el sitio donde encalló la chinampa, el niño logró ver su jacal nativo como un pequeño punto negro perdido en el horizonte.

Todo era soledad y silencio.

Se hundió el sol tras las crestas de la sierra; reinó la obscuridad de la noche; el aire frío y húmedo rizaba apenas las aguas del lago, y el chiquitín, de pie entre las cañas, ni encontraba lugar donde acostarse, ni el sueño le cerraba los ojos, ni el miedo le contraía el semblante, ni un grito de desesperación se escapaba de su pecho.

Las primeras luces de la mañana lo encontraron en la misma actitud en que se quedó ante el último crepúsculo.

El niño sentía hambre y sed, y de vez en cuando mascullaba algún tierno cogollo de cañaverál y lo escupía sobre el lago, mirando al distante punto negro, el jacal, que hoy la República guarda como un monumento de gloria.

Y corrieron las horas; el sol llegó á la mitad de su carrera y declinó hasta hundirse de nuevo en el horizonte.

* * *

En plenas tinieblas sopló de nuevo un viento fuerte, y cuando el indio niño miro en su derredor, estaban por todas partes retratadas en el lago las estrellas del cielo.

Sintió, después de algunas horas, que el carrizal se detuvo contra algo macizo y firme; permaneció quieto; esperó la alborada y entonces, con júbilo, saltó á la orilla.

¡Estaba salvado!

El jacal quedaba á larga distancia, pero llegó á él corriendo y refirió en su dulce lengua zapoteca su triste aventura.

«Esas fueron las horas de mi mayor angustia», decía el gran Benito Juárez á su hermano político don José Maza, que fué quien me refirió esta historia.

Pues Dios miró con ojos de piedad á nuestra patria — respondió don José, — porque si el carrizal no vuelve impelido por los vientos, acaso no habría habido leyes de Reforma ni segunda independencia.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria	5
I.—Dónde conocí á Juárez.—Cómo se hizo y qué es la Reforma.—Una ceremonia del 15 de Septiembre	7
II.—La exclaustación de las monjas	25
III.—Mi presentación á Juárez	39
IV.—Causa de la guerra de Intervención.—La figura de Félix Díaz.—Otro rasgo de Juárez.	51
V.—Sitio y defensa de Puebla en 1863.—González Ortega y el ejército de Oriente.—Firmeza de Juárez	67
VI.—Juárez expulsa al Embajador de España.—Ocampo firma la nota ordenándole que abandone la República.—Documentos curiosos de aquella época.—La posteridad hace justicia á Juárez	87
VII.—Cómo entraron los franceses en México.—El general Forey.—Sus decretos.—Su opinión acerca del país.—Cómo lo premió Napoleón.—Su retirada	103
VIII.—El coronel Dupin y su contraguerrilla.—Crueldades y represalias en la costa y en Tamaulipas.	121
IX.—Los prisioneros mexicanos en Francia.—Diario de un desterrado	139
X.—Entrada de Maximiliano en México.—Entusiasta recepción.—Juárez y Castelar.	159